

MI PAPÁ

Aquella mañana me levanté tarde. Serían las nueve. Sobre mi cama había varios vestidos. Elegí el negro de forma indistinta, pero a la vez mi inconsciente me decía que había un extraño porqué. Salí de casa y por el camino me encontré con mi vecina Rosi. Iba con un gorro de colores y una enorme falda hippy. Cargaba con muchas bolsas de la compra. Empezamos a hablar, como era habitual, del tiempo. Aquella mañana había amanecido despejada. Un inusual sol nos regalaba todas sus luces. En ese momento sonó el móvil. Era mi hermano, que estaba en una reunión en Madrid. Me dijo que mi papá estaba muy enfermo, que las hermanas le habían llamado diciéndoselo y que fuera a la residencia a toda prisa. En la plaza de enormes palomas cogí el autobús. Por el camino mis ojos se empañaron de lágrimas. Me miraba por uno de los retrovisores de la puerta y veía mis ojos como dos vidrios mojados. Del retrovisor cayeron al vestido negro. Ahora presentía el porqué de mi elección. Me bajé en la parada y subí la cuesta a toda velocidad mientras lloraba. Sólo pensaba que mi papá me esperase para morir. Abrí la puerta de la habitación y Sor Ángeles estaba a los pies de la cama con un rosario entre las manos. Mientras rezaba, veía a mi papá con un enorme escapulario negro y blanco de tela alrededor de su cuello. Agonizaba con una mascarilla en su boca. ¿quién iba a decir que Sor Ángeles, con la que papá se llevaba como el perro y el gato, le estuviera velando? “Tómese la pastilla”, decía Sor Ángeles. “No quiero”, le

respondía mi papá. Mi papá siempre había sido un rebelde. Yo me parezco mucho a mi papá. Siempre había luchado contra cualquier tipo de imposición. Me decía que no se tomaba la pastilla no porque fuera reacio a los medicamentos, sino porque Sor Ángeles ejercía toda una tiranía sobre él con ese despótico “tómese la pastilla” a toda costa, una hora en punto después de las comidas. Cogí la mano de mi papá y la empecé a acariciar. De vez en cuando le hablaba al oído. Pensé en la Virgen. En su Virgen de hacía treinta años que siempre le acompañaba con su juego de llaves. La cogí del cajón y se la puse alrededor de la muñeca. Mi papá agonizaba. Respiraba con enorme dificultad, a pesar de la mascarilla de oxígeno. La joven hermana enfermera apareció. Nos hablaba de que el médico había dicho que ya no se le podía mover, que ya no se le podía llevar al hospital. Sor Ángeles rezaba mientras la joven hermana acariciaba la frente de mi papá. Nos hablaba con admiración del sabio médico de la residencia. La hermana enfermera dejaba entrever su amor platónico por su anciano y respetable maestro. El médico no aparecía. Había estado a primera hora de la mañana, cuando mi papá se puso enfermo, y ahora estaba atendiendo a otros pacientes. Entonces fue cuando la hermana lo disculpó. Su maestro no podía ver morir a sus pacientes. Su esposa se había ido para siempre hacía unos meses y el sabio hombre de ciencias, desde ese momento, nunca pudo superar el destino del hombre: la muerte. Mis familiares fueron llegando. Todos alrededor de la cama de mi papá. Cada vez

respiraba más débil y más despacio. Eran las once. Yo le decía al oído cosas a mi papá. El estaba inconsciente. No podía hablar, pero sé que se daba cuenta de todo. Yo le quería haber dicho que me perdonara. “Papá perdóname por mi mal genio, por mi falta de paciencia contigo, Papá perdóname. No te vayas al cielo sin perdonarme, papaíto mío” Pero me daba vergüenza. Había gente delante. No estábamos solos. El médico vino. Dijo que ya no había nada que hacer y que él se marchaba porque no podía ver morir a los hombres. Y yo pensaba “ papá perdóname, papaíto mío, por lo que más quieras, no me riñas otra vez por haber sido una niña mala. Papaíto, perdóname, por el amor de Dios”. Mi papá murió cogido a mi mano. Se apagó como una vela. Murió en paz. ¿Estaba yo en paz? “ Papaíto perdóname, por lo que más quieras, por mamá ,a la que tanto quisiste, aunque nos machacara a todos. El amor es extraño. El amor es raro. El amor es un misterio. Mamá tenía unos ojos muy bonitos, como los míos. Quizás por eso la quisiste tanto, aunque nos machacara a todos. El amor es extraño. El amor es raro. El amor es un misterio” Instantes después de morir, las campanas de las iglesias colindantes tocaron las doce. Bonita despedida de este mundo la que el creador le hacía a mi papá. La luz entraba a raudales por la ventana de la habitación. Había que irle a por un traje a casa. Entré en el coche de mi otro hermano. “Hace calor”. Veinte grados marcaba el termómetro del auto. Bajé las ventanillas. Otra vez llegamos a la residencia. Se nos había olvidado la corbata. Mi papá nunca

ponía corbata. Entramos en la habitación. La hermana enfermera levantó la sábana. Allí estaba mi papá. Su enorme boca le colgaba. Yo también tengo una boca muy grande, tan grande como la de mi papá. La monja enfermera hizo un gesto de contrariedad: “¡qué pena, con lo bien que me había quedado antes!”. Fue a por pegamento y cerro la boca de mi papá para siempre. Ya nunca más podré hablar con él . Desde los tres años teniendo conversaciones profundas con mi papá. Ya había quedado dicho todo . “Adiós, papaíto. Pocos besos me diste. Mamá ninguno. No quería que nadie me diese besos y se enfadaba cuando tú me los dabas. Mamá era así. Pobre mamá. Era una mujer atormentada. Pero siempre me hablaste. Siempre me comprendiste. Bueno, o casi siempre, por eso yo no sé dar besos, papaíto, pero a cambio sé escribir. Sí, papaíto, sé escribir porque me distéis pocos besos y porque tú , desde pequeña, ya desde cuando estaba en la cuna, siempre me hablaste”. Fuimos al tanatorio. En una sala vacía lo esperamos . Llegó el ataúd. Empezaron a llegar coronas, muchas coronas y ramos de flores, muchos ramos de flores. Me gustan las flores. Siempre me han gustado las flores, aunque sean para adornar el cuerpo sin vida de mi papá. Llegaron mis otros familiares. Llegó un cura amigo suyo. Rezamos un Padre Nuestro delante del ataúd. A mi papá también le gustaban mucho las flores. En sus poesías siempre había flores. Llegó el teniente de alcalde, llegó el jefe de policía y, por último, llegó un señor pelirrojo presentándose como el secretario de una academia y diciendo ,

como un niño cuando se le encarga un recado, que la Academia sentía su muerte. Llegó también un señor de la funeraria. “Señor, le dijo a mi hermano, la señora está entera. Su padre no se puede enterrar con su madre”. Mamá era increíble. Después de doce años y todavía estaba allí. Mamá quería machacarnos a todos con su eterna presencia , incluso después de muerta. Todavía me acuerdo cuando mamá no quiso que entrases en la habitación donde estaba agonizando. Tú querías mucho a mamá, pero mamá no te quería a ti. Mejor dicho, sí te quería, como a todos nosotros, pero a su manera; como puede querer una persona que ha estado en un manicomio. Todavía me acuerdo cuando me decías que tú la habías sacado de allí . Que ibas todos los días después del trabajo a acompañarla al comedor de los enfermos para que comiera. Que los médicos habían quedado asombrados de tu paciencia. Que le dabas de comer porque ella no quería tragar bocado.

Salió el cortejo fúnebre. Algunos, por la calle, miraban el coche. Una corona era del alcalde. Llegamos a la iglesia y tu amigo, el maestro, al final de la misa , leyó la poesía que habías elegido para tu despedida de este mundo. La iglesia irrumpió en aplausos. Tus ya ancianos amigos ex seminaristas llenaban todos los huecos del templo, al cantar, con sus voces solemnes. Llegamos al cementerio. El momento más duro. Duro como el cemento. Frío como la paleta del albañil. “Ya nunca te volveré a ver. Ya te perdí para siempre”. Cogí una rosa roja . Pasó una semana y yo estaba con

tu medalla al cuello. Siempre la llevaré, y mi amigo, el que hace cortos , me dijo. “No te preocupes. Ahora todos, al verte, pensarán : ¡qué pobre y bonita huerfanita! No te preocupes, ahora tendrás muchos amigos. Ya nunca estarás sola”